

Editorial

En épocas antiguas solo un grupo de privilegiados eruditos, los escribas, podían transmitir el conocimiento a través de sus escritos: entre variados documentos, creaban libros a mano, muchos de ellos adornados con maravillosas imágenes; el conocimiento era almacenado en monasterios y gestionado por un grupo privilegiado de personas y por lo tanto, era restringido a las masas. Ahora esa función la tienen todos; a cada segundo, millones de personas transcriben conocimientos, produciendo muchos tipos de fuentes de información, es más, esa función tiende a automatizarse, máquinas que producen conocimiento casi sin control humano. La Inteligencia Artificial (IA) se ha convertido en los nuevos escribas.

Entonces, ¿ello implica que el conocimiento, al volverse más universal y accesible, hace que haya más diversidad de grupos "privilegiados" y que las masas puedan tener la oportunidad de ser más educadas? Es de suponer que la respuesta es sí; sin embargo, ello no necesariamente es cierto.

La *tabula rasa* es una expresión que concibe la mente del ser humano como una tabla vacía, una vasija por llenar, una superficie en blanco para diagramar. La *tabula rasa* define al ser humano como un ente sin conciencia de la información a la cual accede, como un ser moldeable por la influencia de los actuales grupos privilegiados que ahora no escriben desde monasterios antiguos, sino usan centrales de información generando códigos y algoritmos. ¿Son estos humanos conscientes del contenido que producen, y del impacto de estos nuevos datos en el mundo que habitan? ¿Se sienten creadores y, por tanto, responsables? ¿O simplemente ven este poder como un entretenimiento de corta duración?

Vivimos una etapa en la historia de acceso global a la información y al conocimiento humano, tal vez así es; sin embargo, también es un momento en que nos hemos abstraído de la realidad material en que vivimos, existiendo en burbujas de filtro, creencias irracionales, pseudociencia, discursos políticos radicales y posverdad. La paradoja de todo esto es que ahora con las mismas tecnologías que producen esta abstracción de la realidad, también podemos tener la posibilidad de crear libertades y movimientos intelectuales que transforman esa *tabula rasa*.

Aquí debemos hacer un llamado a los nuevos “privilegiados intelectuales”, aquellos que no necesariamente son los escribas modernos, dueños de las centrales de información, sino son grupos que tienen el deber de comprender y promover el pensamiento crítico a través del cuestionamiento de la realidad, y la búsqueda del bienestar común a través de la educación. El privilegiado intelectual, según la RAE, se define como aquel que tiene la “obligación o ventaja exclusiva o especial (...) por concesión de un superior o por determinada circunstancia propia”, y esa circunstancia es el acceso consciente a la educación.

Finalmente, todos podemos contribuir a mitigar esa influencia que reduce a los seres humanos a tabula rasa, y reconocer que tenemos una opinión, una versión de lo que queremos escribir para nuestras vidas, debemos de arrebatarnos la función de nuevos escribas apropiada por la IA; hacernos cargo de este rol, escribir nuestros “libros” y así procurar cuidar la libertad cognitiva de todos.

ANGEL CROVETTO

Director de la Revista Futuro Hoy